

El Santiago de Salvador Reyes: Nada Nuevo

por Cecilia García Huidobro Mc A.

"HACE muchos años, cuando empecé a escribir sobre temas náuticos, algunos colegas (molinos tal vez porque el tema se les había escapado) me acusaron de fantasista. Según ellos, yo posaba de marinero. (...) En aquel tiempo, como ahora, yo escribía sobre lo que me gusta. Y me gusta el mar..." Esta filiación marítima usó buena parte de la profusa escritura de Salvador Reyes como muchos de los títulos lo demuestran: los poemarios *Barro bravo* (1923) y *Las maras del mar* (1935); relatos como *Ruta de sangre* (1935), *Valparaiso, puerto de nostalgia* (1955) y el drama *La redención de las sirenas* (1968), entre otros. Los críticos no tardaron en subyugar este rango: "un autor de inspiración oceánica", lo llamó Raúl Silva Castro, y Luis Emilio Rojas, "marinista de nuestras letras".

Pero no es tan fácil clasificar a este hombre, nacido hace cien años en Copiapó y criado en Antofagasta. Siempre inquieto, alguna vez se definió como escéptico, desencantado, nostálgico. Queda por eso, la vida de Salvador Reyes fue un permanente viaje, a veces interior aunque muchas veces real. Y si su espíritu aventurero encontró en el mar una gran metáfora, en el periodismo plasmó su actitud libertaria. En este registro, Reyes mantuvo no sólo su buena pluma, sino la mirada lúcida e independiente que se tradujo en críticas opiniones de los nuevos esenciales de nuestra sociedad. Así lo demuestra la relectura de su obra periodística menos reconocida hoy probablemente porque, al decir de Raúl Silva Espejo, "la personalidad de poeta y novelista de Salvador Reyes ha mantenido en segundo plano su obra de colaborador de prensa".

Pese a que las efemérides pueden llegar a ser majaderías, el centenario de Salvador Reyes (1899-1970) es una buena ocasión para detenerse en algunas de sus crónicas y seguir sus atractivas observaciones de "tercer adentro" las que demuestran que hemos tropezado por décadas con la misma piedra.

"Sin que los chilenos nos diferenciemos tanto por regiones como los naturales de otros países, es indudable que, si la rara es pareja, la geografía y la economía hacen que los hijos del desierto norteño sean muy distintos de los de Magallanes y ambos, a su vez, distintos de los del fértil valle central. Es una diferencia psicológica bien marcada, aunque con frecuencia fácil de borrar por las circunstancias, ya que, como sabemos, no hay una separación étnica. Por eso cuando los naturales de las dos regiones extremas llegan a la capital parecen fundirse en ella, con raras excepciones. Pocos son los que siguen prefiriendo el duro clima magallánico o la sedida languidez o antofagastina a las delicias de la vida en la capital. Existe en Chile un fuerte centralismo psicológico".

Así, Santiago aparece a los ojos de Salvador Reyes como una especie de hueso negro cuya "gravitación" (usémoslo en un más de un sentido) todo lo absorbe. Por lo mismo, romper tal fuerza, exige vencer muchos contratiempos. Quien se proponga hacer turismo en Chile, por ejemplo, puede encontrarse con sorpresas como las vividas por nuestro autor. "Conveniencia más que nada de que las bellezas naturales hacen de nuestro país un verdadero paraíso turístico, resolví emprender un corto pero instructivo y agradable viaje. Eligi una gran ciudad a escasos kilómetros de la capital (...). Al entrar al cuarto contuve una exclamación de sorpresa. Una de las paredes estaba empapelada con dibujos. "¡Qué exquisita atención!", me dije. Sin duda saben que soy periodista y han querido darme este placer. Me sentí tan halagado que no le di ninguna importancia al cristal roto de una ventana (...). Por la noche cuando llegué a



Siempre inquieto, Salvador Reyes se definió alguna vez como escéptico, desencantado, nostálgico.



Como era de suponer, su prosa incisiva no siempre caía bien.

Santiago es Chile

Para Salvador Reyes, los límites geográficos de la mayoría de los chilenos "van, más o menos de la calle Huérfano al barrio alto". Un estrecho perímetro que se recorre con demasiada rapidez. "La gente marcha por las calles de prisa, atropellándose y economizando con perfidia las palabras "gracias", "perdón", "con permiso", las cuales se van borrando rápidamente del léxico santiaguino; domina en todas partes algo febril y difuso, que priva de carácter propio a la ciudad y le da un aire de descuido y de improvisación. El habitante parece no serlo, es decir parece alguien que está de paso, que ha venido a hacer, en breve tiempo, un sinnúmero de diligencias. Así tiene que correr un poco desorientado, sin que le importe nada esta ciudad, que no es la suya. El centro santiaguino hace pensar en una estación de ferrocarril en que todo el mundo corre sin mirar a su alrededor. Pero en todo caso, es una estación sin jefe ni red que puede su higiene ni su estética".

Para mostrar un botón, a veces seco, a veces anegado. "No hace mucho hubo en Santiago

una Havia que nada tuvo de extraordinario. Creció el Mapocho y arrasó con poblaciones establecidas en sus márgenes. Inmediatamente se levantó el coro de lamentaciones. Se pidió solidaridad, caridad, etcétera. Y las cosas siguieron iguales... ¡hasta la próxima!

La sequía del norte verde tenía desoladas a nuestras autoridades. La falta de agua era la ruina de la agricultura, la miseria de la región, el drama de miles de chilenos. Ahora fluyó y (lo mismo que en la zona central) el remedio ha sido tan malo como la enfermedad".

La vigencia de esta observación es como para preguntarse ¿cómo se las arreglaba Salvador Reyes hace cuarenta o cincuenta años para saber lo que iba ocurriendo en agosto de 1999 en nuestro país? Será por eso que concheyó que "seguía, Havia, todo es malo para nosotros. Vivimos como los hombres primitivos, expuestos a todos los caprichos de la naturaleza. Y eso cuando contamos con regímenes de técnicos y escuadrones de expertos en toda clase de materias. ¿Quién nos va a entender?"

La micro es otra fatalidad que haría palidecer de envidia a cualquier parca griega. "Toda mi vida he leído en la prensa santiaguina serios artículos sobre el problema de la circulación. Hoy se dice más o menos lo mismo que hace muchos años (...). Por ejemplo, ¿cómo es posible que se envíe toda la locomoción colectiva por unas cuantas calles solitarias? ¿Cómo es posible que todas las líneas de microbuses tengan los mismos paraderos?"

En otra crónica que publicó Reyes en la



Vista de la Plaza Italia al promediar el siglo.

Revista *¿Zig-Zag?* en 1960, les tocó el turno a las desprovistas áreas verdes. "Todas las municipalidades del país realizan sus obras de 'arborización' cortando árboles. El último ejemplo lo ha dado la Municipalidad de Providencia, al cortar las palmeras de la Avenida El Bosque. Pero no se crea que esta fue una medida tomada a la ligera. No, nada de eso. El 'paisajista' contratado por la Ilustre Corporación para embellecer la avenida manifestó que la palmera era un árbol antieconómico. Así lo declaró la propia Municipalidad en una publicación hecha en los diarios. ¡Antieconómica la palmera! Menos mal que Reyes no puede enterarse de que, por los vivientes de la moda, la palmera ahora es plantada en todos lados incluida la Plaza de Armas".

Como era de suponer, su prosa incisiva no siempre caía bien. "Se me dirá que juzgo por detalles insignificantes, pero creo que un pueblo no logrará nunca solucionar sus grandes problemas si no empieza seleccionando los pequeños. Creo también que estamos ahogados por ideologías y doctrinas y que, entregados a esas especulaciones de gran estilo, no somos capaces de ver la realidad que tenemos ante los ojos".

Un amigo me decía que Cristo bendijo el pan, el vino y otras cosas, pero que nunca bendijo las ideas. Es cierto. Nosotros tenemos demasiadas ideas y ningún (o muy poco) sentido de lo concreto. Creemos que vamos a arreglar los problemas con leyes y reglamentos, pero no los cumplimos, los deformamos, los torcemos el camino, con lo cual la perfecta legislación que nos enorgullece se transforma en una sucesión de inútiles gabelas".

Sin dar tregua, Reyes busca interpretar qué hay detrás de estas conductas. "Se ha dicho que somos íris y reservados, nos hemos autocalificado de los "ingleses de Sudamérica". ¿Por qué? ¿Por nuestra ponderación y buen sentido? Es posible, pero también es posible, que sea por un temor excesivo a parecer atacados y ser por ello objeto de críticas inintencionales, precisamente, los ingleses no tienen. El inglés se preocupa poco de la opinión ajena y es el primero en burlarse de sí mismo. Nosotros nos observamos y nos defendemos de posibles críticas. De ahí que nos esforzamos por estar siempre a la última moda en todo lo espectacular. Nos aterroriza la idea de que nos vayan a tomar por anticuados, fuera del foco de la actualidad".

¿Qué paradoja! Preocupa de ese terror, le permito, en cambio, a Salvador Reyes que sus crónicas no sólo no emergieran, sino que gocen de una asombrosa vigencia y actualidad.

Nada nuevo bajo el S (m) o (g) I [artículo] Cecilia García-Huidobro Mc A.

Libros y documentos

AUTORÍA

García-Huidobro, Cecilia

FECHA DE PUBLICACIÓN

1999

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Nada nuevo bajo el S (m) o (g) I [artículo] Cecilia García-Huidobro Mc A. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile